

Historias del amor y la ciudad

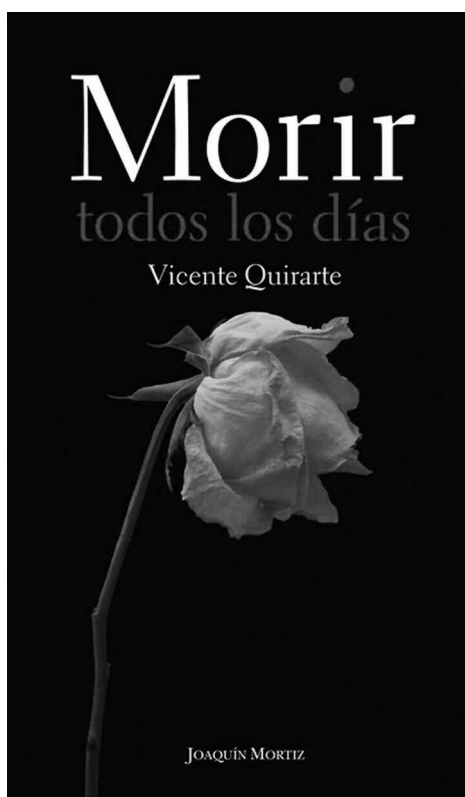
Mijail Lamas

Hace ya más de diez años que leí *El amor que destruye lo que inventa* (Conaculta, 1995). Yo ya tenía noticia de Vicente Quirarte como un poeta fundamental de los nacidos en los años cincuenta. Sin embargo, ese primer libro no fue uno de poemas, sino esta colección de historias; no me quedó duda de que el autor de esos relatos era un poeta. Desde el primero, “Retrato de una dama”, no pude parar de leer y encontrar ahí lo que un lector de poesía busca en una colección de este tipo: la aspiración de que cada cuento se eleve por encima de la prosa. Ahora, después de tanto tiempo, algunas de estas narraciones vuelven para completar la visión de una ciudad en la que ahora vivo.

Bajo el título de *Morir todos los días*, Quirarte ha vuelto a reunir algunas de aquellas historias, modificando unas y agregando otras.

Además de una eminente obra ensayística, Vicente Quirarte ha creado un sólido trabajo poético apoyado en los ritmos más recurrentes de nuestra tradición; también, ha afianzado como pocos el poema en prosa, lo que ha servido de modelo a nuevas generaciones de poetas mexicanos. Estos rasgos enmarcan, así, su incursión en la experiencia narrativa.

Morir todos los días establece como eje temático la derrota y la imposibilidad del amor. En cada una de las historias, hablan las obsesiones del poeta: el monstruo que a veces es amor y a veces locura; la ciudad que cambia vertiginosamente y sin piedad; sus barrios con vestigios de otros tiempos, donde los personajes paladean la poesía de Eduardo Lizalde antes de “Pisar en el aire” o cambian su ritual de un cine que ha sido clausurado a un bar de ron y humo de cigarro. Sus personajes pertenecen a “una cofradía de solitarios” inconformes que ante



la realidad que todo lo uniforma deciden dar un giro, huir, ya sea por voluntad propia como los que corren para ahuyentar al monstruo, los que buscan el amor que despreciaron y sólo encuentran el castigo de Tántalo o, finalmente, los que van desapareciendo para dejar sólo su existencia confundida en las inscripciones de algunos muros de una ciudad costera. La vida, esa combinación de circunstancias que algunos llaman destino, también da volteretas inesperadas en estas historias y deja a los personajes solos, con la rutina incompleta; por eso los personajes de *Morir todos los días* inventan salidas, ya sea con la literatura como designio y compañía o el cine para llenar “con algo más que espanto” la soledad.

En estos cuentos el amor siempre es el recuerdo de algo que fue, un lugar donde

“el dolor no duele”, donde el hastío “imprime su huella en la frente del abandonado”. Ahí los personajes saben de antemano que “ninguna historia es para siempre y es imposible decir adiós sin lastimarse”, ya sea porque la muerte, la distancia o el desinterés terminan por consumir esa separación.

La cadencia de la prosa no escapa a la melodía del verso: no es extraño encontrar heptasílabos o endecasílabos rematando algún párrafo, sobre todo en el cuento “Habla la regenta”, donde ese reclamo femenino danza entre versos; ahí Vicente Quirarte no sólo rinde un homenaje al autor de *La Regenta* al darle voz de nuevo a Ana Ozores sino que también adopta su musicalidad.¹

Entre esta colección de historias, encontramos el texto híbrido “El cuaderno de Aníbal Egea”, sobre un poeta casi desconocido, casi inédito, al que el azar ha destinado un escribano que recupera algunas de sus prosas poéticas; así, Quirarte entrega un relato que a su vez contiene un breve poemario de factura excelente donde se hace referencia o se rinde homenaje a distintos poetas y escritores que van desde Owen y Pessoa a Mutis y Lizalde.

“Qué parecido el contacto de la ciudad a la posesión continuada, repetida y novedosa, de tocar otro cuerpo como el nuestro”, dice Aníbal Egea en una de sus breves prosas poéticas; así también estos cuentos nos permiten tocar otras vidas como si se tratara de la nuestra. **■**

¹ Leopoldo Alas, “Clarín” inicia su novela enlazando dos endecasílabos y los incorpora de manera evidente a lo largo de toda la obra.

Vicente Quirarte, *Morir todos los días*, Joaquín Mortiz, México, 2011, 141 pp.